

La Lucha

por un poder cosificado

En el momento actual existen apenas esbozos incipientes de proyectos políticos alternativos que vayan más allá de los diagnósticos.

El papel de la participación popular organizada, consciente, autónoma y libre, es la piedra de toque de la orientación a la que se encamina la sociedad venezolana.

ARTURO SOSA, S.J.

El momento que vive la política venezolana en estos meses puede describirse como una "guerra" por el poder con muchos frentes abiertos a la vez. La mayor parte de los frentes de esta guerra están dentro del propio "polo revolucionario", más aún, dentro del propio gobierno y de las instituciones del Estado.

El poder cosificado

La Ciencia Política ha reflexionado siempre sobre el fenómeno de la reificación del poder. Es la situación en la que el poder deja de percibirse como relación entre los actores sociales y se percibe como una "cosa" a la que hay que echarle mano para acumularla materialmente. La forma más común de la cosificación del poder es asociar el poder con los instrumentos de poder, sobretodo en la medida en que éstos son visibles como "cosas". Al cosificarse el poder se produce la clásica confusión entre fines y medios. El poder deja así de ser el medio político para establecer y hacer realidad los fines de la sociedad para convertirse en el fin mismo de las acciones políticas y de los actores políticos.

Al reducir la política a una lucha por el poder cosificado lo que importa es ganar espacios en los instrumentos de poder, es decir, ocupar todo aquello que sea considerado socialmente como "poder". La lucha política se

transforma así en una dinámica de acumulación de medios públicos. Quien acumula mayor posesión de instancias del Estado y se reviste de más cantidad de "símbolos" de poder se siente más poderoso.

Esta lucha por el poder afecta, entonces, a los poderes públicos constituidos. De este modo, la Asamblea Nacional no es el foro representativo de una sociedad que formula sus leyes, ni el sistema judicial el instrumento de los ciudadanos para regular la vida social según la ley. El Ejecutivo deja de ser el sistema eficaz de administración de los recursos públicos para garantizar la seguridad y bienestar de la población. La Fuerza Armada es uno de los instrumentos de poder cuyo control es más apetecido tanto por su organización, capacidad armada y referencia simbólica. Deja, entonces, de ser una institución orientada a garantizar la soberanía territorial para convertirse en otro campo de batalla para la acumulación del poder cosificado.

Donde se evidencia con mayor claridad esta confusión entre fines y medios en la política es en los partidos y organizaciones de intereses como los sindicatos, gremios, vecinos, etc. Dejan de ser formas de articulación de los intereses sociales y canales de mediación efectiva entre el Estado y los ciudadanos para formar parte de los inventarios de acumulación de poder cosificado de cada actor de la guerra.

Tal vez el miedo más intolerable en moral y política sea no atreverse a pensar en democracia.

Luis Castro Leiva,
 20 Noviembre de 1998

Lucha por el poder cosificado, anomia y anarquía

El fenómeno de la reificación del poder es siempre un síntoma del empobrecimiento ético y político de una sociedad. Síntomas de este fenómeno se vienen percibiendo desde hace, al menos, un par de décadas. No hay duda de la importancia de este fenómeno en el proceso de pérdida de legitimidad del Sistema de Conciliación de Elites y Partidos Políticos que se instauró en Venezuela desde 1958. La novedad preocupante es que aparezca este síntoma apenas al inicio del proceso de transformación política que se abre para sustituir el sistema de partidos deslegitimado.

No podemos olvidar, al tratar de iluminar el momento que vivimos, que forma parte de un complejo proceso estructural de transformación de las bases de la convivencia social en Venezuela que afecta todos los ámbitos de la vida social y tiene importantes efectos en la vida personal de los habitantes del país. Los procesos estructurales no son la simple sumatoria de los momentos coyunturales. Analizar la coyuntura nos ayuda, sin embargo, a percibir la orientación y "velocidad" del proceso de transformación estructural.

Una parte muy importante del patrimonio político heredado del siglo XX venezolano es la convicción colectiva de la posibilidad de realizar cambios políticos profundos a través de procedimientos pacíficos y democráticos. Una convicción lo suficientemente arraigada como para seguir intentando esa vía, a pesar de lo prolongada y difícil que ha sido la transición que se ha vivido en los últimos años. La crisis del Sistema de Parti-

dos Políticos nos llevó a un alarmante crecimiento de la anomia social y nos puso al borde de la anarquía.

En las primeras de cambio el liderazgo personal de Hugo Chávez y la convocatoria a una Asamblea Constituyente frenaron el crecimiento de la anomia al despertar un nuevo interés por lo político, en la esperanza de una mayor participación popular organizada, sin los vicios del clientelismo hacia el que derivaron los partidos anteriores. Alrededor de su figura se aglutinaron diversas personas y organizaciones dispuestas a contribuir a la transformación del país. Entre ellas se contaron mentalidades populares, democráticas, también "revolucionarias" de tipo leninista o stalinista y jóvenes militares "bolivarianos". Lograron significativos triunfos electorales a través del Movimiento V República y frágiles alianzas con el MAS y el PPT. Sin embargo, a la vuelta de dos años aparecen con nueva fuerza los signos del crecimiento de la anomia en la sociedad venezolana.

La condición de posibilidad para seguir transitando el camino pacífico y democrático para lograr las transformaciones políticas en marcha, es conjurar la anomia por la cual se llega a la anarquía social, es decir, a la puerta del camino de la fuerza como única arma para continuar la transformación o imponer un orden alternativo. Sobre el filo de esa afilada navaja es que estamos caminando.

Hacia dónde vamos

Es la pregunta que más inquieta a la mayoría de los venezolanos. La respuesta simple que afirma la inexistencia de algún rumbo, es decir, que es-

tamos a la deriva, a la merced de las improvisaciones, es la que más abunda. A fin de cuentas, resulta la más cómoda, pues la "inquietud" de la mayor parte de los venezolanos con relación al rumbo político se traduce en muy pocos en compromiso personal y organizativo por incidir en él.

En este momento existen "utopías" más que proyectos políticos que cuenten con sus elementos básicos: ideología inspiradora, propuesta de país, programa de gobierno, organización nacional para obtener el apoyo mayoritario y capaz de llevarlo a la práctica desde el gobierno.

Los que se sienten gestores del cambio en este momento se conforman con grandes enunciados como el Proyecto Nacional Simón Bolívar (árbol de las tres raíces): Robinsoniana, Zamorana y Bolivariana, diseñado por el MBR-200 y que plantea "la revolución como instrumento". Su mayor concreción como propuesta, hasta ahora, ha sido la publicación "La Revolución Pacífica y Democrática", programa de gobierno de Hugo Chávez para las elecciones de 1998.

Los que se declaran anti-chavistas o se proponen empezar a preparar el pos-chavismo, ponen toda su ilusión en la desaparición, lo más rápido posible, de HCF y su liderazgo, contando con el apoyo internacional, especialmente de los EUA. Hasta ahora han demostrado poca capacidad de ir más allá de los diagnósticos, oponerse a todo lo que se propone desde el gobierno y de articular redes sociales y organizaciones políticas con programa y equipos de gobierno. No faltan en este grupo los nostálgicos del pasado que, consciente o inconscientemente, sueñan con regresar a él.

Por consiguiente, en el momento actual existen apenas esbozos incipientes de proyectos políticos alternativos que vayan más allá de los diagnósticos. Efectivamente existía un deseo de cambio anterior a Chávez... Y porque ese deseo es compartido por amplios sectores, es porque este proceso ha podido darse en términos pacíficos, sin que exista un enfrentamiento entre unos y otros. El proceso de cambio se ha dado por la necesidad de superar lo que venía sucediendo, pero no por la existencia de un proyecto de país. La incertidumbre que se genera refleja la ausencia de proyectos políticos alternativos sobre los cuáles decidir "hacia dónde vamos".

Hasta ahora lo único que tenemos son ilusiones y deseos, pero lamentablemente no ha habido la capacidad de convertir esas ideas, en proyectos políticos. No sólo no hay proyectos, sino que tampoco existen grupos dispuestos a ejecutarlos desde el Estado, lo que en otro momento histórico sí hicieron los partidos políticos. Por eso el esquema oposición-gobierno no funciona. Podemos decir que tan despistado está el gobierno como la oposición, y que incluso, a veces dicen lo mismo. El país no pasa de hacer críticas de estilo y lo que más llega a hacer, es confrontar políticas concretas.

Existen, sin embargo, tendencias divergentes sobre el modelo de país a construir como fruto de la actual transformación. Me atrevería a resumirlas entre dos polos que, lógicamente, admiten grados de cercanía: el republicanismo militar y la democracia ciudadana.

El primero tiene como sujeto al "partido militar" y reconoce a Hugo Chávez como su cabeza, en este momento. El "partido militar" tiene su núcleo en la gente formada en las bases ideológicas del republicanismo bolivariano del que se han nutrido las Fuerzas Armadas venezolanas durante el siglo XX, cuenta con la propia institución militar para llevarlo a cabo y admite la incorporación de personas y organizaciones civiles que apoyen y amplíen su base social. La estrategia de HCF de consolidarse institucionalmente en el ejercicio del poder político por un período largo de tiempo, tiene como razón de ser la puesta en práctica del republicanismo militar que representa.

El polo alternativo se caracteriza como un proyecto de democracia sustentable cuyo sujeto sea el pueblo organizado. Necesita, por consiguiente, un acelerado proceso de fortalecimiento de la sociedad civil que disminuya el grave déficit de ciudadanía existente y establezca, a todos los niveles de la vida social, relaciones democráticas. Alrededor de este polo deben surgir programas posibles de desarrollo económico sustentable, es decir, que logre y garantice la justicia social, al mismo tiempo que la capacidad de llegar mediante el diálogo y la negociación política a ponerlos en práctica, tanto desde la propia sociedad civil, como del Estado.

Desde cualquiera de los polos se necesita emprender una profunda transformación de la cultura política que heredamos del populismo rentista del siglo XX, poner en marcha un programa sistemático de superación de la pobreza y resolver los problemas básicos del empleo y la seguridad social. Sin avanzar en esa dirección es imposible la mínima estabilidad política necesaria para vivir en democracia.

La definición concreta de "sociedad civil", por el papel que le concede la Constitución de 1999, y su responsabilidad en la orientación política del proceso es el debate más importante actualmente en el país y su organización es la tarea más urgente. En otras palabras, el papel de la participación popular organizada, consciente, autónoma y libre es la piedra de toque de la orientación a la que se encamina la sociedad venezolana.

En dónde estamos

En este momento estamos lejos de tener la problemática descrita en el párrafo anterior en el centro de la política nacional. Por el contrario, la prolongación del personalismo mesiánico, como signo del liderazgo de Hugo Chávez, antes que propiciar la transformación de la cultura política contribuye a afianzar sus rasgos de dependencia del Estado y las políticas públicas de corte asistencialista. Al mismo tiempo, contribuye a la desarticulación social y a revertir el proceso de descentralización, condición de posibilidad para el crecimiento cualitativo de la participación ciudadana. Se afianza, entonces, no sólo

el centralismo, sino el presidencialismo, regresando a la primitiva asociación de gobierno con Estado y Estado con Nación.

De este modo encuentran explicación las sentencias del Tribunal Supremo de Justicia "complacientes" con el gobierno, la desviación de la necesaria reforma judicial, la flaqueza de los nuevos poderes Moral y Electoral, así como el entramado de la Asamblea Nacional, incapaz de entrar en la dinámica eficiente de producción legislativa exigida por el propio proceso constituyente. El balance legislativo de las sesiones ordinarias y extraordinarias es realmente magro. Ni siquiera el recurso a las sucesivas "leyes habilitantes" por las que se reconoce al Ejecutivo también como Legislativo ha hecho posible crear la estructura jurídica del proyecto bolivariano en el gobierno. Una situación que ha llegado, incluso, a la aberrante propuesta o "tentación" de suprimir la Asamblea Nacional.

El gobierno, por su parte, no ha logrado detener el proceso de debilitamiento institucional del Estado ni mejorar la calidad de los servicios públicos básicos. Tampoco ha dado signos claros de un programa para mejorar la seguridad pública y reducir la impunidad, elementos aceleradores de la anomia social.

Mientras tanto, la falta de coordinación e incoherencia que se pone de manifiesto en las actuaciones del gobierno en su conjunto, de los Ministerios, y Entes Autónomos, indican la existencia de esa lucha por acumular poder cosificado, como se dijo arriba. La situación interna del Movimiento V República, los intentos de revivir o reformular el Movimiento Bolivariano 200 confirman esa apreciación de estar viviendo una auténtica lucha por el poder cosificado en lugar de estar creando un poder alternativo, participativo, democrático y ético que nos lleve por la vía democrática y pacífica a una Venezuela mejor que la que hemos tenido, sustentada en su propia gente.